

Magaly SÁNCHEZ  
Yves PEDRAZZINI

## RESUMEN

En Venezuela, en Latinoamérica y un poco por todas partes en el mundo, la ciudad no es ya la ciudad sino toda otra cosa. Un nuevo género de establecimiento humano se elabora, un modelo de sociedad todavía inédito emerge: la metrópoli.

En ella se constatan las evidencias de dos mundos perfectamente marcados y distantes, todo aquel interconectado tecnológicamente, en redes, informática y telemática, altamente especializado y tecnologizado, individualizado, y aquel de la urgencia, de la esquina, de la solidaridad o no, de la violencia y radicalidad cuando ello sea necesario. Uno representaría el tope del proceso de la socialización formal, lo podemos denominar cultura alta tecnología, y el otro lo representa los efectos de un nuevo modelo de socialización presionado por la urgencia, es la socialización de la calle o de la esquina del barrio...

## TIEMPOS DE METROPOLI

### INTRODUCCION

#### LOS AÑOS 90, TIEMPOS DE METRÓPOLI

Todo final de siglo marca pautas para el siglo venidero, éste parece ser el de la metrópoli, el de la gran tecnología, la comunicación y la información, pero también el de la gran pobreza, la exclusión, las migraciones y los destierros de poblaciones, la desesperación por el hambre, los niños de la calle, los niños de la guerra, los niños del hambre, y de enfermedades extremas como el SIDA o de nuevo, la tuberculosis. Estos signos de exclusión, de pobreza, de enfermedad, nos indican con flagrantes evidencias que el devenir no es el más indicado, que la línea de desarrollo escogida no es ni ha sido -todo lo parece indicar- la más cierta, que la crisis económica en los países del norte, EE.UU., y Europa, constatan que ya el problema no es del norte y del sur, o de países desarrollados o no, sino que la cuestión es mundial, planetaria, es la pobreza y la exclusión dentro de los países ricos también.

Dondequiera que uno vaya, desde las calles más tristes y pobres de Bogotá, de Caracas, de Río de Janeiro, hasta los

«streets corners» de New York, pasando por los parques de Zurich, de Londres, o los pasillos del metro de París, siempre esa mirada fija del «homeless» (el habitante de la calle) que ve caminar «la sociedad» ante sus ojos, mientras que él permanece en esta esquina o en la de más allá, peleando para sobrevivir, aguantando frío, o violencia de miradas y contacto humano, esperando que la campana toque para un próximo round en donde él pueda ser el triunfador.

En Venezuela, en Latinoamérica y un poco por todas partes en ese mundo, que representa más de los dos tercios del planeta, la ciudad no es ya la ciudad sino toda otra cosa. Un nuevo género de establecimiento humano que se elabora, un modelo de sociedad todavía inédito emerge : la metrópoli.

Nos paseamos por la metrópoli y en ella constatamos las evidencias de dos mundos perfectamente marcados y distantes, todo aquel interconectado tecnológicamente, en redes, informática y telemática, altamente especializado y tecnologizado, individualizado, y aquel de la urgencia, de la esquina, de la solidaridad o no, de la violencia y radicalidad cuando ello sea necesario. Uno representaría el tope del proceso de la socialización formal, lo podemos denominar **cultura alta tecnología**, y el otro representa los efectos de un nuevo modelo de socialización presionado por la urgencia, es la socialización de la calle o la de la esquina del barrio.

La calle deja trazas de la violenta exclusión social de niños, jóvenes, y adultos también; la esquina del barrio, el territorio, es la fuerza radicalizada en violencia, con la que se expresan los jóvenes organizados en bandas.

La expresión de estos procesos la hemos denominado **cultura de urgencia**, la urgencia expresada en su cotidiano a través de diversas prácticas de sobrevivencia, de solidaridad, de ética, de formación y recreación de redes informales muchas veces fuera de la «legalidad».

Y es que no puede ser de otra forma. Podríamos incluso ver, en

esta necesidad urgente, activa, creativa, la joven vitalidad de los actores en una sociedad. No se encuentra por ningún lado la pasiva actitud de la exclusión. Frente a la tendencia del mundo de la formalidad, está la contrapartida creativa, ingeniosa, laboral, intensa del mundo informal. Los jóvenes de la metrópoli de hoy, que no fueron a la escuela, o que no lograron insertarse en el trabajo asalariado, siempre insuficiente y cada vez menos valorado en términos éticos, -la esclavitud a la rutina, al salario-buscan y recrean otras salidas, que si bien son catalogadas por la clase «dominante» como ilegales y delictivas (comercio y venta de droga), no dejan de ser «nuevas formas de trabajo», con sus dominios y controles de territorio, con los riesgos propios a un negocio incipiente y muy demandado.

¿ No será que ya hoy en día, tanto la producción como el comercio, venta y distribución de la droga dan a comer a una serie de sectores y grupos sociales que la misma gente legitima viviendo de tal producto?

¿ Y la violencia resultado del «control» establecido por algunos poderes no es lo que incita a una mayor violencia ?

En las calles de la metrópoli, la gente pasa apurada, y quedan día y noche, la gente con destinos particulares y paralelos, los habitantes de la metrópoli, aquellos que viven y mueren sobre la acera, en la esquina del barrio o debajo de un puente.

En Caracas, son los habitantes de los barrios populares autoconstruidos, los que dan su forma particular al espacio construido y su densa intensidad a la metrópoli, en los barrios, y en la metrópoli, son los malandros - los bandidos sociales - los que le dan el ritmo y sentido particular a la vida metropolitana tropical.

## I / ILUSIÓN Y REALIDAD DE LA METRÓPOLI EN EUROPA Y EN AMÉRICA LATINA

Hablar de los tiempos de metrópoli significa pensar, situarse y vivir la realidad urbana en su nueva dimensión social y económica

marcada por las cadenas y redes internacionales de comunicación e informática.

En un primer momento analítico considerábamos importante diferenciar al interior del mundo urbano latinoamericano, lo que denominamos la metrópoli frente a un modelo ideal de ciudad que nunca llegó a ser. Mostrábamos cómo la crisis urbana era a la ciudad lo que la desestructuración urbana y el colapso generalizado de los servicios urbanos es a la metrópoli.

Encontrábamos muchos más elementos vinculados a la desestructuración urbana que a un proceso de reproducción de la estructura urbana :

- territorios de barrios, segregación social y urbana, deterioro en las condiciones de vida de la mayoría de los sectores trabajadores;
- polarización económica entre las actividades formales del capitalismo (alta tecnología, finanzas y nuevos servicios, informática) y las actividades económicas llamadas informales ilegales o no , legitimadas socialmente para sobrevivir;
- crisis de legitimidad del Estado y de sus mecanismos de integración social.

Logramos llegar a una caracterización que permitía demostrar cómo lo urbano en América Latina escapaba completamente en su dimensión real a la de una ciudad planificada y con servicios.

Ya la caracterización primera y pionera de lo urbano mostraban en primer lugar el gran conglomerado de barrios, el llamado universo marginal que de tan complejo era imposible explicarlo sólo por las migraciones rural urbanas, o por los déficits de la vivienda en un proceso violento de urbanización, o por los procesos de invasión de terrenos, o por la falta de incorporación de la fuerza de trabajo en la estructura productiva formal, o en última instancia, por explicaciones globalizantes de la pobreza. Lo cierto es que lo urbano siguió su dinámica, y a pesar de la existencia de fenómenos difíciles de explicar, la gran metrópoli se instaura y en ella algunos sectores de población logran conectarse a la dimensión metropolitana mundial, y otros, -la

gran mayoría- ni siquiera lograron incorporarse a los mecanismos esenciales y primarios del modelo de socialización formal y han creado por urgencia el nuevo modelo de socialización.

La metrópoli latinoamericana se caracteriza en este final de siglo por grandes territorios de barrios, heterogéneos socialmente, considerados «marginales» equivocadamente, puesto que ellos representan más del 60% de la población de Caracas, «invisibles» sólo según cierto discurso político del Estado. La mayoría de la población urbana, por más de tres generaciones, ha estado progresivamente desincorporada a la educación y al trabajo, instalándose un modelo de socialización por urgencia, algunas veces marcado por la violencia.

Este modelo de socialización explica no solamente la no incorporación a los mecanismos formales de la sociedad, sino que marca acentuadamente la gran distancia entre la cultura de alta tecnología y lo que sería esta cultura de la urgencia. A esta exclusión responden los más jóvenes con su radicalidad y solidaridad en bandas o los niños **invadiendo** el territorio de las calles de la metrópoli.

Y así mientras el fantasma de la «inseguridad» se apodera del imaginario de cierta gente, el poder y la ideología dominante hablan y deciden en términos de «profilaxia social», sin percatarse que los niños y jóvenes que en la urgencia han tenido que buscar otras salidas frente a la imposible «integración social prometedor» son justamente el futuro del país.

Pareciera existir un paralelo absurdo y perverso entre la constatación de la destrucción progresiva de ciertas condiciones esenciales para el equilibrio del planeta, y ésta de nuestro joven continente y un poco por todos lados, en la que los jóvenes marcan una línea temporal nueva, corta, rápida , violenta y la mayoría de las veces mortal. Son las generaciones «no nacidas para semilla» ( Salazar, 1991).

Por otra parte, las metrópolis europeas no escapan de los efectos de la nueva era de la economía mundial **informacional**, una nueva

economía que se caracteriza por una revolución tecnológica y un proceso acelerado de internacionalización y de articulación mundial al cual se incorporan ahora las economías estatizadas. El nuevo modelo de crecimiento económico característico de la sociedad informacional, contiene tendencias (que no son ineluctables) que pueden conducir hacia una polarización social creciente que se refleja en una fuerte segregación espacial (Castells, 1991).

La dualidad social con exclusión tendencial y formación de una nueva pobreza comienzan a caracterizar también las metrópolis europeas.

La estructura ocupacional de la economía ha valorizado, por una parte, los niveles de educación y la capacidad profesional de procesamiento de información y, por otra, ha creado numerosos puestos de trabajo en servicios poco calificados y que suelen ser inestables y peor pagados que los puestos de trabajo obrero en la gran industria (Castells, 1991).

Es por ello que la distinción analítica entre las ciudades de Europa, las de América y las del Tercer Mundo contienen cierto grado de artificio. No nos engañamos más del carácter formal de tal distinción, y sabemos muy bien que la realidad es mucho más ambigua, contradictoria, paradójica, y que siempre existen medios para encontrar en las metrópolis de Europa un poco de lo atormentado de las metrópolis de América Latina, y en estas metrópolis - a veces - un poco de paz de las de Europa.

14

En efecto, no hay que hacerse mucha ilusión sobre el devenir de las sociedades urbanas europeas. Aparentemente, la situación no es tan terrorífica: pocos muertos, incluso en Italia, incluso en Palermo, en comparación con cualquier ciudad de América Latina o de América del Norte; no mucha basura acumulada en las calles, incluso en París, a pesar de las huelgas, y tampoco existen muchos problemas insolubles de transporte, de agua, de electricidad, de fraude fiscal, de narcotráfico, de policías corruptos y asesinos, de niños viviendo

bajo los cartones en la calle, a pesar de ciertos aspectos críticos de Londres, Liverpool, Nápoles, Atenas, Lisboa.

Aparentemente, la sociedad urbana ha aguantado los diferentes choques económicos y sociales que la afectan seriamente desde hace cuatro o cinco años. Las ocupaciones e invasiones de inmuebles vacíos se hacen cada vez más frecuentes, a veces bajo la iniciativa de los poderes públicos desbordados. Las luchas urbanas en nombre de los ideales que se creían perdidos resurgen y así presenciamos luchas de clases, autogestión, huelgas sindicales, etc. en Bruselas, Lyon o Thessalonik.

Los jóvenes, que en un momento fueron seducidos por la cultura empresarial y el logro material, rechazan de nuevo en bloque los modelos establecidos, para dedicarse a un abandono «apasionado» de la sociedad, buscando a veces un escape en el uso de las drogas duras. Las enfermedades de amor, de la modernidad y de lo urbano, tales como el SIDA, plantean al capitalismo avanzado tanto problemas de ética como de costo de salud. Las periferias, incluso deportadas al exterior y aparentemente lejanas de la ciudad, no son más la periferia, sino el centro del problema.

A pesar de ello, las sociedades urbanas europeas parecen controlar mejor que otras esos datos nuevos o renovados como son los conflictos sociales. Y, siempre aparentemente, la metrópoli en Europa no se convertirá nunca en otra cosa que en una gran ciudad, una ciudad que funciona, en la que los elementos más diversos son igualmente funcionales, en donde los problemas también terminan por ser funcionales, ya que cierto desacuerdo creador no es disfuncional sino una pieza necesaria al buen funcionamiento de la sociedad, y como tal, una actividad a veces estimulada, e incluso subvencionada en ciertas oportunidades.

En lo ideal, la ciudad que funciona es una ciudad que se transforma, reproduciéndose ella misma como sistema urbano dinámico, espacial y socialmente. Ella no podrá ser nunca una metrópoli siguiendo un proceso de metropolización del mismo tipo que el de América Latina.

Para los ciudadanos metropolitanos europeos, la capacidad de asumir una función (social o simplemente profesional) es más valorizada (social o profesionalmente) que la capacidad de acción, la cual queda asociada a la idea de improvisación e indisciplina. En la metrópoli latinoamericana, en un contexto de desestructuración urbana, en donde la idea de función-difunción, se convierte en algo vano o absurdo, es justamente la capacidad de acción la que se encuentra valorizada en la práctica. Inventar es precisamente esa recodificación activa de una funcionalidad incapaz de reaccionar y de resolver las cuestiones de urgencia. Se actúa entonces, a veces rápida y violentamente, precipitadamente, ejerciendo su «derecho» de **desprogramación** del sistema y de la tecnocracia.

La metrópoli en su forma más contemporánea, aquella que se presenta como «fenómeno extremo» (J. Baudrillard, 1990), es posiblemente la exuberante manera de ser, propia a las ciudades del Tercer Mundo. A la inversa, en su forma europea, la gran ciudad tiende hacia el ideal depurado de la tecnópolis, fantasma de un medio construido al fin domesticado. Ese sueño, técnicamente posible, se traduce en la forma propia a las metrópolis europeas de resolver tranquilamente sus problemas, esa aptitud, al menos esa voluntad reivindicada de controlarse, de crecer sin exceso, de no oler mal, de no dar un sentimiento de inseguridad ni una mala impresión, tener buena reputación, -una forma de ser razonable-.

La metrópoli es el espacio de los territorios, el espacio público fragmentado. La ciudad, incluso la gran ciudad, es una sola cosa (incluso si se trata de una cosa evidentemente plural),

identificable, un todo. La metrópoli es una pluralidad de realidades que además son singulares. Una aglomeración de territorios incontrolables en conjunto.

Este conjunto construido, incierto se vuelve entonces difícilmente conocido (para el habitante, el investigador, el poder) y por ende difícilmente controlable. Se podría controlar una ciudad, pero la historia reciente nos demuestra que se hace imposible controlar el espacio físico y social de una metrópoli, especialmente en América Latina, a menos de que se tome militarmente, homogeneizándola, haciéndola compacta, reduciéndola a sus dimensiones elementales de ciudad. Y ¿cómo hacerlo? sino es con una represión creciente, que haga entrar por la fuerza la multiplicidad incontrolable de la metrópoli en los límites de una ciudad : **the city limits**.

Es muy probable que los habitantes de una ciudad «puedan controlarla», es decir, poseer un conocimiento y dominio relativo de casi todos los lugares, incluso si no lo desean o no han tenido la oportunidad de recorrerlos todos. La ciudad puede pertenecer a uno, una persona sola podría llegar a conocer toda una ciudad, inclusive aquellos espacios menos indicados, los menos previstos y frecuentados por ella (a veces los más peligrosos).

Por el contrario, los habitantes de una metrópoli, deben resolver su prohibición (real o simbólica) de acceder a algunos territorios. Es el caso por ejemplo del que no vive, en los barrios de Caracas<sup>1</sup>. El espacio de la metrópoli es una colección de territorios que nadie, ni peatón, ni policía, ni evangelista, ni arquitecto, ni sociólogo, puede poseer en conjunto. A todos, por

1/ Y por otra parte, el hecho de vivir en un barrio no garantiza forzosamente entrar sin riesgos en otro barrio donde no se conoce a nadie y sobre todo, donde uno no es conocido.

tener un conocimiento exhaustivo de los espacios específicos de la metrópoli, les faltará siempre tal o cual barrio, tal o cual calle, tal o cual zona. La metrópoli no puede ser totalmente conocida por uno de sus habitantes. Quedarán siempre espacios que no se podrán controlar, inclusive con la imaginación. Los territorios metropolitanos son la última **terra incognita** de este final de siglo (Ruffin, 1991), pero el siglo próximo será posiblemente exclusivamente metropolitano (si la urbanización mundial sigue su curva exponencial).

Pero ni en Europa ni en América Latina, el número de habitantes podría ser suficiente para distinguir la ciudad de la metrópoli (Sansot, 1990). En Venezuela, en las aglomeraciones que no superan el millón de habitantes, ya existe esa aproximación, esa improvisación agitada, esa nerviosidad ruidosa que hace presentir la metrópoli.

Existen ciudades que a pesar de sus millones de habitantes, serán siempre ciudades de provincia, y no darán nunca al pasajero ese aspecto de la metrópoli, hecho de tensión y de movimientos desordenados y a veces violentos, esa impresión que las cosas graves o simplemente inesperadas - un disparo o una bala perdida- pueden ocurrirle a cualquiera y en cualquier calle.

En Europa, lo urbano se presenta antes que nada como aglomeración, como concentración de gente y de espacios construidos (Bassand, 1990). Si las grandes ciudades de Europa, las «euro-metrópolis» fueran del mismo tipo que las metrópolis de América Latina, ellas serían aglomeraciones dispersas,

espacios más allá de la concentración, que por el solo hecho de su amplitud creciente se volverían espacios de descentralización, espacios que habrían perdido su centro, o que lo habrían multiplicado, repitiéndolo, banalizando cada vez más. Sin embargo, como consecuencia de un proceso de urbanización lento, ellas han guardado un centro identificado, reconocido, tope social o geográfico que como metrópolis no han perdido a pesar de su crecimiento.

La cultura urbana tiende por supuesto hoy en día a unificar los estilos arquitecturales del hemisferio norte, en un fundido estético «transcultural» y la «personalidad» del medio construido local se ha disuelto poco a poco en el meta espacio impersonal europeo <sup>2</sup>: se puede estar en Francfort y podríamos estar en Milano. Pero incluso si lo urbano se dispersa, se extiende alrededor o incluso al interior de los centros secundarios, centros indefinidos, centros comerciales o avenidas, esa difusión es siempre la de una metrópoli que crece a baja velocidad en los límites de lo razonable, perdiendo sin embargo, por eso mismo, su **poder de atracción**.

La metrópoli latinoamericana resulta por el contrario **constantemente atractiva**, su seducción se vincula a la incertidumbre que nos posee a partir del momento en el que se decide vivir y trabajar, incertidumbre del destino que nos espera, y del destino mismo de toda el área metropolitana. Diversidad, duplicidad, paradoja, pero también desigualdad, desestructuración, confusión. Pero la confusión de los lugares metropolitanos, no se debe a una postmodernidad democrática, como podría ser el caso en Europa. Esta pérdida de valorización

2 / Las periferias dan hoy en día la impresión de ser el último refugio de la personalidad de ciudades como París, Londres, Ginebra, ...pero ya ellas empiezan a disolverse en el estilo sin estilo de los grandes conjuntos.

de los espacios urbanos se explica por otros factores. Todos los espacios se homogeneizan, en el sentido de que todos serán pronto ganados por la miseria, y uniformizados por la urgencia y por las respuestas generalmente agresivas que la «inmensa minoría» (según la expresión de Octavio Paz) da a esa situación.

El sentido profundo de la segregación subsiste e incluso se acentúa en la medida en que los antiguos centros históricamente importantes desaparecen, no por su hundimiento en la uniformidad urbana, sino por la tendencia a la mundialización de los signos arquitecturales de la alta tecnología. De esta forma la metrópoli tiende a crecer de dos maneras, uno de manera virtual por la incorporación de esos signos mundiales de la economía, y dos, de manera real, por el crecimiento local y la expansión de los territorios de barrios.

## II / TENDENCIA A LA BIPOLARIZACIÓN EN LA METRÓPOLI

Las ciudades latinoamericanas posiblemente estaban destinadas desde sus inicios a ser las metrópolis que ellas son hoy en día, es decir, lugares que evolucionaron de un modo conflictivo y paradójico, no ordenado y controlado, en razón de la forma violenta en la que ellas fueron «fundadas», por una fuerza que sustituyó de un solo golpe el orden conquistador al orden existente.

Elas contendrían desde siempre los elementos claves de la metrópoli. Su nacimiento fue una ruptura brusca, y no el producto de una lenta historia que corrigiera poco a poco los detalles y los contornos. En América Latina lo urbano se suplantó

totalmente, imponiéndose una transformación, en un solo instante, impuesta desde un exterior desconocido, dándose globalmente a conocer en el conflicto y en la paradoja.

Los establecimientos humanos que se han desarrollado desde hace 500 años para convertirse en las metrópolis de Ciudad de México, São Paulo, Buenos Aires o Lima, no han sido nunca un conjunto «estable» a la «europea», modificándose sin negarse, operando el mismo sus propias transformaciones, en un movimiento endógeno. E incluso si ese pudiera haber sido aparentemente el caso hasta los años cuarenta de algunas ciudades como Río, Caracas, Bogotá, Guayaquil o Santiago, el hecho de haber nacido de la conquista (y no del descubrimiento) de América, prohibía desde sus orígenes a las ciudades de este continente conocer la paz urbana. Territorios arrancados a la historia indígena y precipitados en la modernidad occidental, la industrialización y la crisis, las metrópolis son hoy la tierra prometida del ayer.

Y nacidos del caos de los hombres (de ciertos hombres) esas ciudades paren hoy en día hombres «portadores del caos en sí mismos»<sup>3</sup>, **seres metropolitanos**, seres para «la metrópoli» como se ha podido hablar, a propósito de los Amerindios, de **seres para la guerra** (P. Clastres, 1977). Estos hombres son los actores de la nueva cultura urbana, lo que hemos denominado la **cultura de la urgencia** (Pedrazzini y Sánchez R., 1992).

El modelo cultural metropolitano, tal y como se expresa en las grandes zonas urbanas de América Latina, no es el modelo cultural urbano tal y como se encontraría en las ciudades, incluso

3 / Según la expresión de Nietzsche, que agrega que es por haber sido parido por una estrella que hay que a veces tener el caos en sí mismo. Sería el caso de las metrópolis de América Latina y si fuese así ¿cuál sería la estrella?

en las grandes capitales, en Europa. No se puede evaluar entonces los valores metropolitanos latinoamericanos desde el punto de vista de los valores urbanos europeos, sino desde el punto de vista de la metrópoli latinoamericana en sí misma. Los valores urbanos europeos, (familia, trabajo, democracia) son dependientes del buen funcionamiento de los servicios, transportes públicos, bancos, información, comunicación, etc., y de los mecanismos de integración social. En la ausencia o en razón del estado de grave deterioro de los servicios, los valores metropolitanos latinoamericanos no pueden ser los mismos que los que se tienen en Europa, e incluso en una menor medida en los EE.UU. El «ideal urbano» tal y como ha podido expresarse en los años de crecimiento urbano en Europa, desde el comienzo de la industrialización, no puede más permitirse juzgar a la metrópoli latinoamericana de hoy, ni a su desorden, ni a su violencia, menos aún como consecuencia comprender, porqué y cómo sobrevive. Las redes de solidaridad, en su gran mayoría informal, que se organizan en las metrópolis latinoamericanas no funcionan sobre el mismo modelo que las redes, relaciones formales y normalmente contractuales, en uso en la metrópoli europea.

Sin embargo, de los dos lados del Atlántico, en la metrópoli, la gestión de esos flujos sociales y tecnológicos no es más posible sin aceptar una gran parte de improvisación, es decir de riesgos. En Caracas, la planificación urbana sigue apareciendo como el último vestigio del «sueño americano», de los que deciden las políticas y la organización de los servicios públicos como un fantasma de lo técnico, en un mundo en donde la técnica no es más que una parte del problema urbano y no de su solución.

### III / CULTURA DE URGENCIA, Y NUEVO MODELO DE SOCIALIZACIÓN EN LA METRÓPOLI LATINOAMERICANA

Diversidad es sinónimo de creación y de invención en la metrópoli europea, ya que los servicios y los mecanismos de integración funcionan y que la oposición entre la pobreza y la alta tecnología no han dado lugar todavía a verdaderos enfrentamientos (exceptuando a Inglaterra); se podría decir que incluso los más pobres encuentran una ganancia mínima en la «tercera revolución industrial».

Por el contrario, en la metrópoli latinoamericana, esta diversidad ha sido fuente de conflictos, porque la crisis y la desestructuración urbana prohíben a la mayoría el uso de los servicios, y radicalizan la oposición pobreza-alta tecnología, que no benefician sino algunos **happy few**. En Caracas esta bipolarización ha correspondido desde sus inicios a la acentuación de la gran exclusión social existente y ha puesto «fuera de combate» a la mayoría de los trabajadores potenciales.

En el contexto latinoamericano, la alta tecnología se ha convertido por razones estructurales en una ideología de la dominación y no de la democratización.

De esta forma, la realidad urbana de la metrópoli latinoamericana se ha complejizado y ha llegado a grados de conflictividad social graves<sup>4</sup>. Entenderla significa situarla en un proceso que va desde la crisis hasta el colapso y paralización de los servicios colectivos existentes, acompañado de un proceso de deterioro creciente de las condiciones de vida urbana, y de la necesaria **informalización**

4 / Se ha llamado **Caracazo** a los eventos que explotaron en la capital el 27 de febrero y que se desarrollaron durante varios días, dando como resultado aproximadamente 3.000 muertos. El aumento del costo de la vida, así como la adopción por parte de los gobiernos latinoamericanos de nuevas medidas económicas dictadas por el FMI, han provocado la cólera de los habitantes de las

zonas más pobres, que han descendido las colinas saqueando los almacenes del centro de la ciudad. Algunas semanas después, eventos similares se sucedían en Argentina. En Brasil, se han dado tantas revueltas populares y «saqueos» para obtener alimentos, que se habla frecuentemente del «día de saqueo». La represión ha sido terrible, incontrolada y sangrienta, particularmente en Venezuela.

de actividades económicas como vía de subsistencia, resultado de la urgencia social que vive la mayoría de la gente.

Ya para el final de los 70, las ciudades se caracterizaban por extensas zonas de barrios, pautadas y dinamizadas por segregación social, y un deterioro en las condiciones de vida de la mayoría de los sectores trabajadores.

Pero a finales de los 90, lo urbano se caracteriza por el colapso de los servicios colectivos, territorios de barrios en expansión, aumento de la densidad, pero sobre todo miseria y pobreza crítica.

A nivel económico se da una polarización entre las actividades formales post-industriales, con altas tecnologías e informatización, sistemas financieros y servicios, y por otra parte, toda una serie de actividades económicas que se han denominado informales. Que ellas sean legales o no, son casi siempre legitimadas socialmente, al menos en forma parcial, por la necesidad de sobrevivencia. A esta situación se añade una crisis extrema de legitimidad del Estado, de sus instituciones, así como de sus mecanismos de integración social.

Por esta razón, y considerando los aspectos sociales, económicos y políticos de la sociedad expresados en lo urbano, asumimos que su dinámica se acerca mucho al proceso que denominamos **desestructuración urbana**, y se distancia de aquel modelo de reproducción de la estructura urbana, en donde los elementos del sistema convergerían para un funcionamiento «ideal» de la ciudad capitalista.

Las causas que podrían explicar el surgimiento de nuevos modos de vida urbana en la búsqueda de su legitimación, son indisociables de la dinámica urbana. Sintéticamente ellas se podrían citar:

- Un Estado menos integrativo en sus mecanismos sociales y en crisis de legitimidad vinculada a la crisis económica y al deterioro creciente de la credibilidad de sus élites políticas y económicas.
- Un sistema económico más tecnologizado y, por ende,

excluyente de la mayoría de la fuerza de trabajo con bajos niveles educativos.

- Territorios de barrios populares que por más de tres generaciones acarrearán deficiencias importantes en los servicios esenciales, y en consecuencia, la incapacidad por parte de la población, de acceder a los mecanismos de integración social.

En esos territorios de barrios, la crisis económica y la crisis consecutiva de servicios colectivos se han generado e instaurado nuevos mecanismos de socialización, expresados en la **cultura de urgencia**, y en el **nuevo modelo de socialización por urgencia para la mayoría de los niños y jóvenes** (Pedrazzini y Sánchez, 1992).

Las figuras del malandro, de las bandas, y de los niños de la calle como expresiones más extremas de la cultura de urgencia nos obliga a situarlos en relación con el nuevo modelo de socialización que los genera. No hay ni primeros ni segundos, tanto la cultura de urgencia nos obliga a situarlos en relación con el nuevo modelo de socialización son dos características de un mismo proceso social.

La **desestructuración urbana** en su origen, y la informalidad espacial, económica y social a través del transcurrir histórico han generado otras formas de reproducción social que las vinculadas a la trilogía familia, trabajo y educación formal del sistema dominante.

Abandonadas a su destino, las «inmensas minorías» que se han aglomerado en la metrópoli, han generado estrategias de adaptación, que a través del tiempo han ido conformando los saberes y conocimientos traducidos en prácticas culturales «informales». Pero en la medida en que lo urbano se multiplica y las redes de relaciones se complejizan -dejando atrás la ciudad funcional que nunca llegó a ser y adviniendo a la **metrópoli desestructurada**- las prácticas basadas en la tradición y en la transmisión del migrante y la escasa pero existente oferta de escuela para los niños (resultado posible de prácticas populistas electoreras) se hicieron cada vez menos presentes.

Progresivamente se instaura un modelo de urgencia social que se

impone, se revela, se agudiza y se violenta. El nuevo modelo, ya no significa la necesidad de adaptación a la urbe, sino por el contrario la necesidad urgente de vivir, superando diarreas cuando se es pequeño, pidiendo y trabajando cuando se es un poco más crecido, ingeniándose para robar cuando se es más adulto, dejando de lado el sueño nostálgico de ir a la escuela a aprender y a jugar con otros niños juegos que no sean mortales.

Estas prácticas de urgencia cotidiana se ven en todas las edades, en todos los sexos, sin distinción alguna, con o sin armas. El modelo de socialización se agudiza, y las figuras de malandros, bandas de adolescentes, y niños de calle se multiplican al infinito. Sus prácticas, así como todas las prácticas cotidianas vividas por la mayoría de la población de las metrópolis latinoamericanas hoy en día, conforman la **cultura de urgencia**.

Esta cultura es una cultura rebelde pero no revolucionaria, es el rechazo cultural frente a la manipulación, es la desconfianza ordinaria por parte de los que fueron tan engañados, es la energía puesta en la difícil labor de existir, cuando todo se encarga de destruir: es la astucia cotidiana con la muerte.

Esta **astucia**, este rechazo, esta desconfianza, esta energía, practicadas al extremo, es la **aventura** como estilo de vida «obligatorio» adoptado por la mayoría de los jóvenes en los barrios de Caracas. No es una cultura de lo escrito, sino del actuar, del gesto creativo o destructivo. Pero si la cultura de urgencia alberga en ella algunas veces la violencia, las dos no son reductibles entre sí. Es por lo tanto, una cultura de lo inmediato, del instante, de la brevedad y no tiene una larga historia todavía, ni memoria colectiva, a pesar del recuerdo trágico del 27 de febrero.

En la metrópoli, los valores de la alta tecnología y de la pobreza crítica, del formal y del informal, del legal y del ilegal, se enfrentan violentamente, no se ponen de acuerdo y no se dan la razón mutuamente. Es con la evidencia de circunstancias prácticas que se imponen los valores de urgencia.

## CONCLUSIÓN : LA METRÓPOLI, LUGAR DE LO PARADÓJICO

Existe una lógica paradójica de la cultura metropolitana: la metrópoli produce los hechos sociales que son en todo momento «lo que ellos son y el contrario de lo que son, de un extremo al otro» (Barel, 1989).

En los tiempos de metrópoli, el habitante del espacio urbano debe aprender a convivir con los hechos sociales extremos. La polución, la violencia, la pobreza, el hambre, las autopistas pero también la velocidad de las comunicaciones, la multiplicidad de culturas, de razas, etnias y tradiciones, la multiplicación (en un territorio limitado) de creadores, inventores, y hacedores de historia, son algunas de las trampas o de los regalos que puede ofrecer la metrópoli.

En lo que nos concierne, retendremos de la metrópoli su paradoja esencial, aquella de ser siempre al mismo tiempo una cosa y su contrario: **la violencia pero la poesía, la vida pero la muerte, la riqueza pero el hambre, el desespero pero el proyecto**.

Un proceso como la **metropolización** impone una revisión total de la sociología urbana, ya que la nueva territorialización de las metrópolis, nos lleva a la revisión de nuestra percepción del espacio urbano. Los sociólogos que serán acaparados en el futuro por el fenómeno urbano no tendrán otra alternativa que la de inventar nuevos instrumentos de trabajo.

La metrópoli es la versión «**más pilas**» de la ciudad, su forma más astuta, la más tramposa, la menos ingenua, desposeída del antiguo sentido de lo «popular», y de esa cierta pesadez campesina. El fenómeno metropolitano es el fenómeno urbano, la máxima velocidad, es el extremo urbano, el ultra urbano. El estudio de la metrópoli necesita por lo tanto que el estudioso de la sociología urbana aplique una metodología astuta, liberada de los moldes inadecuados: tenemos que crear las **ciencias sociales de la urgencia**, las ciencias sociales astutas, con el fin de estudiar el fenómeno metropolitano, y el objeto de estudio favorito de las ciencias sociales astutas en Caracas no puede ser otro que el «ser metropolitano».

Ese «ser metropolitano», esos actores que no son más «los hombres de ciudad» sino los actores del ultra urbano, lo representan las figuras del malandro como el «rey de la artimaña», el joven de la banda en los barrios o los jóvenes y niños de la calle.

Con el fin de no perder la esencia de esos tiempos mágicos que son aquellos que nos permiten creer en una transformación total de un cierto orden mundial, los habitantes de la metrópoli no deben ser **inocentemente** metropolitanos. Ellos deben saber cuáles son sus deberes y privilegios y cuáles son los riesgos de ese status de ciudadano de una metrópoli, y deben poder reaccionar en conocimiento de causa.

Incluso cuando se es ingeniero, arquitecto, banquero o especialista en ciencias sociales, el hecho de trabajar o de vivir en una metrópoli, obliga a adoptar una actitud astuta, creativa necesariamente transgresora en relación a las normas de nuestro medio profesional o social. La metrópoli actúa sobre todos los habitantes de una misma manera : ella obliga a los actores a radicalizar sus actos. El sociólogo no puede entonces contentarse con un análisis clásico de la realidad, él también tiene que radicalizar su juicio, su comportamiento profesional.

En el actual clima de represión de las expresiones de la nueva cultura urbana (la de la astucia, la trampa y la urgencia como respuesta al inacabado proyecto moderno), esas prácticas que en su origen no son violentas sino inventivas conllevan hoy en día al uso creciente de la violencia por parte de gente no violenta. Ese es otro elemento de lo paradójico de la metrópoli.

En el mismo barrio donde ayer mandaban los partidos o los «culturales», los repetidores de las tradiciones mágicas, de los ritos antiguos, presionados por la urgencia ultramoderna, participan también de la paradoja esencial del barrio, nombrando al malandro, por sus cualidades de negociador, de deportista o por el poder económico que logró mantener gracias a sus narcotrampas, -redactor del nuevo pacto social con la comunidad-.

Pero de la búsqueda de una solución negociada en el espacio interior del barrio, podría nacer un problema mayor. Encerrados en su territorio, y queriendo salvarlo «egoístamente», participarían a la fragmentación del territorio urbano y a la **ghetización** del espacio de la metrópoli.

La solución «malandra» presenta también ciertos riesgos. La vida del malandro es una vida a veces violenta, y si es cierto que él está en el centro de la vida urbana, no todos estamos preparados a convivir con la violencia.

El dilema actual de la sociedad urbana venezolana es el siguiente: o un orden petrolero o ya pospetrolero en donde la mayoría de la población es la víctima expiatoria de unos maleantes invisibles o míticos ( los corruptos, el FMI, la crisis, etc.), o un cierto desorden en donde el malandro «integrado» contribuye a evitar el paso de la comunidad al ultra desorden de las bandas. La solución no puede ser ni una ni otra, tendrá que ser a la vez, una y otra, paradójica.

Se nos podrá contestar que aliarse con los mandros en la búsqueda de una solución pacífica es algo extremo. Es verdad, pero el extremo resulta ser hoy en día en Caracas el cotidiano para la mayoría de la población. Y uno no puede ser lo suficientemente ciego como para no ver que los niños del barrio socializados en la urgencia preparan un futuro muy diferente del sueño de orden y de moralidad de los planificadores sociales de la ciudad.

Hasta que no se termine el actual apartheid de una sociedad doble que se divide entre habitantes de los barrios y los otros, la metrópoli seguirá dividida cuando debería estar unida, escogiendo forzosamente la violencia para lograr la paz, como última actuación paradójica.

En una tal sociedad paradójica, seguiremos haciendo una sociología inquieta, una sociología de urgencia, también paradójica, para seguir entendiendo lo paradójico de nuestras metrópolis.

## BIBLIOGRAFÍA

- F. AICHOUNE (1991)  
*Nés en banlieue*,  
Paris, Ramsay.
- Y. BAREL (1989)  
*Le paradoxe et le système*,  
Grenoble, Presses Universitaires.  
réédition augmentée d'un chapitre  
intitulé: «le paradoxe dix ans après».
- Y. BAREL (1982)  
*La marginalité sociale*,  
Paris, PUF.
- M. BASSAND (1989)  
*Planification et gestion urbaines  
dans les pays en voie de  
développement*,  
notes de séminaire, Lausanne et  
Buenos Aires, FADU-BA, et EPFL.
- J. BAUDRILLARD (1990)  
*La transparence du mal*,  
Paris, Grasset.
- L. BING (1991)  
[Do or die],  
Harper Collins Publishers. New York.
- I. BINGGELI et F. LAZEYRAS (1983)  
*Villes diurnes et territoires de nuit*,  
mémoire de licence, Institut de  
Géographie, Université de  
Lausanne.
- T. BOLÍVAR (1987)  
*La production du cadre bâti dans  
les barrios de Caracas : un chantier  
permanent*,  
thèse de doctorat sous la direction  
d'Henri Coing, Paris.
- T. BOLÍVAR, T. HERNÁNDEZ,  
T. ONTIVEROS y otros (1991)  
*Problemas de densificación de los  
barrios caraqueños y sus  
consecuencias*.  
Informe preliminar, SEU-FAU.,  
UCV. Caracas.
- J. BORJA, M. CASTELLS, R.  
DORADO ET I. QUINTANA, Eds.  
(1991)  
*Las grandes ciudades en la  
década de los noventa*,  
Madrid, Editorial Sistema.
- M. CASTELLS (1991)  
«Estrategias de desarrollo  
metropolitano en las grandes  
ciudades españolas: la articulación  
entre crecimiento económico y  
calidad de vida.» En *Las grandes  
ciudades de los noventa*.  
Ediciones Sistema. Madrid 1991.
- P. CLASTRES (1977)  
"Archéologie de la violence", in  
*Libre no. 77-1*, Paris, Payot.
- J. CRUMLEY (1990)  
*Putes*,  
Marseille, Editions Rivages.
- G. DIMENSTEIN (1991)  
*Brésil: la guerre des enfants - les  
mineurs assassinés*,  
Paris, Fayard.
- E. ENRÍQUEZ (1983)  
*De la horde à l'Etat*,  
Paris, NRF, Gallimard.
- T. GAUDIN et al. (1990)  
*2100, récit du prochain siècle*,  
Paris, Payot.
- A. GIUDICELLI (1991)  
*La Caillera*,  
Paris, Editions Jacques Bertoin.
- F. GOMEZJARA (1987)  
*Las bandas en tiempo de crisis*,  
México, Ediciones Nueva  
Sociología.
- E. HOBBSAWN (1983)  
*Rebeldes primitivos*,  
Barcelona, Editorial Ariel.
- P. LOUIS et L. PRINAZ (1991)  
*Skinheads, taggers, zulus & Co.*,  
Paris, La Table Ronde.
- M. MAFFESOLI (1988)  
*Le temps des tribus - le déclin de  
l'individualisme dans les sociétés  
de masse*,  
Paris, Méridiens Klincksieck.
- Y. PEDRAZZINI y M. SÁNCHEZ R.  
(1992)  
*Malandros, bandas y niños de la  
calle : la cultura de urgencia en la  
metrópoli latinoamericana*,  
Caracas, Vadell Hermanos  
Editores.
- Y. PEDRAZZINI y M. SÁNCHEZ R.  
(1990)  
«Nuevas legitimidades y violencia  
urbana en Caracas»,  
en *Nueva Sociedad* nº 108,  
Caracas, septiembre-octubre .
- Y. PEDRAZZINI y M. SÁNCHEZ R.  
(1989)  
"Cultura de urgencia : últimas  
aventuras de lo urbano",  
en *Dimensión*, Il Epoca, no. 5,  
Caracas, mayo -junio.
- L. ROULLEAU-BERGER (1991)  
*La ville-intervalle - jeunes entre  
centre et banlieue*,  
Paris, Méridiens-Klincksieck.
- A. SALAZAR J (1990),  
*No nacimos pa'semilla*.  
CINEP, Bogotá, Colombia.
- M. SÁNCHEZ R. et Y. PEDRAZZINI  
(1991)  
«Riesgos de perturbación en las  
relaciones sociales existentes en el  
barrio, como consecuencia de los  
procesos de rehabilitación.»  
ponencia presentada en el  
*Congreso Internacional sobre la  
Rehabilitación de los Barrios*,  
CELARG, Caracas, del 24 al 29  
noviembre 1991.
- M. SÁNCHEZ y JANKOWSKI (1991)  
*Islands in the streets, Gangs and  
American Urban Society*.  
University of California Press.  
Berkeley . Los Angeles. Oxford.
- P. SANSOT (1990)  
«Modernité et nouvelles  
métropoles»,  
in *Sociétés* nº 28, Paris.
- A. TOURAINE (1992)  
*Critique de la modernité*,  
Paris, Fayard.
- T. WILLIAMS (1990)  
*Cocaine Kids*,  
Paris, Gallimard.